
PROLOGO

Para continuar la tarea que me he impuesto de publicar los manuscritos que posee la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, debía seleccionar entre todos aquellos cuya impresión por mi suerte obtuve que hiciera la Secretaría de Fomento¹ y a la verdad la elección no era fácil.

¹ Esos manuscritos son los siguientes:

Historia

Noticias de Nutka.—Diccionario de la lengua de los Nutkeses y descripción del volcán Tuxtla por Joseph Mariano Mosiño Suárez de Figueroa, 1793.

Memorias de la Guerra de Reforma.—Diario del Coronel Manuel Valdés, 1858.

Compendio de la Historia de la Real Hacienda de Nueva España escrito en el año de 1794 por D. Joaquín Maniau.

Biografía Cronológica de los EE. SS. Grales. de División y de Brigada y de los Coroneles de Int^o y Cab^o del Ejército Mexicano por fin del año 1840.

Apocalipse del Venerable Gregorio López, traducido por el Padre Fray Miguel de Guevara, Prior de Santiago Undameo, 1638.

Expediente promovido por el Gobernador del Presidio del Carmen, D. Pedro Dufau y Maldonado, sobre el Plan de defensa de una Armadilla que ha proyectado para defensa de aquella Isla y las costas de Tabasco; 1782.

Desagüe de México, por Miguel Constansó, 1793.

Geografía y Estadística

Cartografía del siglo XVI. (Hermoso mapa-mundi de aquel siglo.)

Reliquias cartográficas. (Colección de cincuenta cartas inéditas, especialmente del siglo XVIII.)

Medidas de Minas y Aguas; por Sanz, 1815.

Reconocimiento Militar practicado en los Estados de Tamaulipas y San Luis Potosí por la Sección del Estado Mayor Divisionario de Jalisco, 1825.

Censo clasificado del Estado de Oaxaca, 1832.



Todos estos documentos son por extremo valiosos; pero tal vez convenía escoger el que pudiera interesar a un mayor número de lectores, a reserva de ir imprimiendo todos los demás, porque a pesar de su grandísimo valor, hay algunos documentos que habrán de interesar a un número reducido de personas, toda vez que éstas habrán de ser especialistas, más o menos, en los asuntos a los cuales se refieren tales manuscritos, para encontrarlos provechosos.

Por esta circunstancia me resolví a dar a las prensas el que lleva por título "Biografía Cronológica de los EE. SS. Generales de División, de los de Brigada y de los Coroneles de Infantería y Caballería del Ejército Mexicano por fin del año de 1840."

Desde luego motivaron también esta selección dos consideraciones: primera, que en esta biografía están comprendidos muchos de los prohombres del Ejército de la primera mitad del siglo XIX y de los cuales muchos batallaron cuando apenas comenzaban a vivir, con tal de obtener la independencia de

Geografía y Estadística de Michoacán, por Pablo G. Abarca, 1869.
Atlas Geográfico-Estadístico del Estado de México por F. J. Enciso.

Lenguas

Catecismo de la Doctrina en la lengua Mixteca, 1584.

Arte doctrinal y modo general para aprender la lengua Matlalzinga, para administración de los santos sacramentos así para confesar, casar y predicarla con la definición de los sacramentos y demás cosas necesarias, etc., etc.—Hecho y ordenado por el Padre Fray Miguel de Guevara, etc., 1638.

Vocabulario de la lengua Mame.—Compuesto por el Padre Predicador Fray Diego de Reynoso del orden de la Merced.—Impreso por Francisco Robledo, México, 1644. (Para su reimpresión.)

Doctrina Cristiana en la lengua Chochona de Cuextlahuaca, por Fr. Benito Fernández.

Vocabulario de la lengua Castellana a la Tzendal.

Diccionario Español Otomí.—Para instrucción de los principiantes, dispuesto por el Presbítero D. Francisco Pérez, Catedrático Propietario de idioma otomí en la Nacional y Pontificia Universidad de la Ciudad Federal de los Estados Unidos Mexicanos de dicho arzobispado.

He publicado ya los cuatro enumerados primeramente.

México, y casi todos lucharon con más o menos denuedo, con más o menos esfuerzo, cuando el país vió amenazada de nuevo esa independencia durante la primera invasión norteamericana. La segunda consideración fué que, revisando los libros en donde se han consignado las biografías de nuestros más ilustres conciudadanos no se encuentran las de un gran número de los oficiales del Ejército a que se refiere el manuscrito que ahora ve la pública luz, y, por consecuencia, ellas constituyen una verdadera novedad; tanto más cuanto que no existe libro alguno, que yo sepa, consagrado sólo a reseñar la vida de nuestros militares. Por otra parte, hay una serie de circunstancias que me hacen creer que el manuscrito referido es obra del General D. Gabriel Valencia, y bien vale la pena dar a conocer una obra de este General, que tanta importancia llegó a alcanzar en nuestro Ejército.

Revisando el interesante estudio del General de Brigada D. Eduardo Paz, intitulado "Reseña Histórica del Estado Mayor Mexicano," con el fin de acumular mayores elementos para adicionar hasta donde fuera posible el manuscrito, hallé que este distinguido amigo mío, para consignar algunos datos que le hacían falta para su estudio, recurrió "a una biografía firmada en 1840 por el General Gabriel Valencia, Jefe de la Plana Mayor en dicho año;" y comparando los datos que presenta el General Paz con los contenidos en el manuscrito, coinciden en muchos casos. Es muy posible, pues, que éste sea una copia del trabajo del General Valencia, o aun el original mismo; por más que el que yo publico no tiene firma alguna y, en consecuencia, aparece anónimo.

No he logrado encontrar el original que consultó el General Paz en el Archivo de la Secretaría de Guerra; pero bien pudiera esto confirmar que el manuscrito de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y el que el General Paz consultó, son uno mismo y que solamente desapareció la foja que contenía la firma de Valencia, porque el General Paz, con quien

he hablado personalmente del asunto, recuerda bien que fué en el archivo de aquella Secretaría donde vió el manuscrito que menciona en su estudio.

El que yo publico es un extracto de hojas de servicios y aun cuando a veces tales extractos resultan por extremo compendiados, siempre dan una idea bastante aproximada de la vida, especialmente de la vida militar de los jefes biografiados. El autor del manuscrito indudablemente tuvo a la vista, para formar su serie cronológica el escalafón del año de 1840 por que ya en el de 1842 no aparece entre los divisionarios el General D. José Morán y, en cambio, habían ascendido a esa categoría los Generales D. Mariano Paredes y Arrillaga, D. Valentín Canalizo, D. José María Tornel, D. Mariano Arista, D. Juan Alvarez y D. Melchor Múzquiz, que en 1840 no eran sino Generales de Brigada.

Como es natural, yo no he querido modificar el orden y manera en que el anónimo autor de las biografías escribió éstas, pero sí he creído que era conveniente adicionar aquel trabajo con algunos otros miembros del Ejército que no aparecen en el manuscrito, tal vez por estar entonces retirados o porque sus ascensos fueron acordados con posterioridad a la fecha en que las biografías fueron escritas, aunque esos ascensos tuvieran la antigüedad de 1840. Los jefes que he agregado son Ampudia y Bustamante; Anaya y Carrera; García Conde Pedro y Gómez de la Cortina; León y Frontera, Escudero y Cano, Gelati y Xicotécatl.

La personalidad de Bustamante, de Anaya y de Carrera, que llegaron a ocupar la primera Magistratura es conocida de cuantos están habituados a la historia de nuestro país; pero siempre es preferible, tratándose de una colección de biografías de militares, consignarlas en unión de sus contemporáneos, y no puse las de otros jefes, como Guerrero y Barragán, porque en 1840, fecha en que fué hecho el manuscrito, habían muerto ya, y la mente del autor del manuscrito fué consignar las

biografías de los jefes del Ejército vivos aún en el año citado.

El general Ampudia tomó parte muy importante en la guerra contra los Estados Unidos; y si refería yo el manuscrito a esa etapa de nuestra vida nacional, era indebido dejar de mencionarlo; y convenía referirlo a 1847, para darle mayor interés.

Agregué también al Conde de la Cortina, porque no era posible olvidar que aquel Jefe de nuestro ejército, fué uno de los mexicanos más cultos que vivieron en el siglo XIX, y tampoco era posible que en una publicación de este género, hecha por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, no se consagrara un recuerdo especial a su primer Presidente; y como D. Pedro García Conde fué un conspicuo miembro de la misma Sociedad y murió en el desempeño de una comisión que fué resultado del tratado de paz con los Estados Unidos, no debía dejar de mencionarlo.

He agregado también la biografía del General de Brigada D. Agustín Escudero, abuelo materno mío,¹ no sólo porque fué en sus tiempos un miembro respetable del Ejército, sino porque la existencia en una misma época y aún, durante cierto tiempo, en una misma oficina, de dos abogados que llevaban el mismo nombre, ha dado lugar en multitud de ocasiones a la confusión del General y Licenciado D. Agustín Escudero con el Lic. D. José Agustín Escudero, distinguido político y escritor. La confusión ha llegado a grado tal, que revisando en la Secretaría de Guerra el expediente en que constan los servicios del General, allí mismo pude hallar la prueba de aquella confusión, porque durante el año de 1851 el Gobierno comisionó a D. José Agustín Escudero para que unido a una comisión de militares expusiera su opinión acerca de un proyecto que presentó D. Cirilo Elorduy, "para la defensa de los Estados fronterizos del Oriente y Occidente de nuestra República;"

¹ Mi madre, la Sra. Doña Soledad Escudero, es hija del General y de la Sra. Doña Dolores Guarneros.

y la comunicación dirigida por el Lic. Escudero a la Secretaría de Guerra expresando sus ideas sobre el particular, aunque haciendo constar que por tratarse de una cuestión técnica militar no había podido prestar todos los servicios que hubiera deseado, aparece agregada al expediente de mi abuelo, el General Escudero. ¿Quién sabe si a éste se quiso comisionar para que opinara respecto de tales defensas y por equivocación también fué al político y no al militar la comisión! Por más que aquel político fué hombre de conocimientos y cultura tan amplios, que su opinión podía ser solicitada y escuchada en todo caso.

Y no queda fuera de lugar en esta serie la biografía del General y Lic. Escudero, porque precisamente fué ascendido en 1840 a Coronel, en virtud de su comportamiento militar en favor de las autoridades constituídas, durante los trágicos sucesos verificados en la capital de la República entre el 15 y el 26 de julio de aquel año.

Inútil es decir por qué añadí las biografías de Frontera y de Banderas y de Cano y de Gelati y de Xicotécatl; todos ellos perecieron defendiendo a su patria durante la campaña del Valle de México en 1847, y sólo siento no haber podido consignar en este volumen las vidas de los demás jefes que perecieron en aquella injusta guerra extranjera.

Independientemente de las biografías que he agregado porque habían sido del todo omitidos los jefes a que antes me refiero, faltaban de consignar las de algunos distinguidos miembros del Ejército cuyos nombres aparecían en el lugar respectivo, pero sin la biografía correspondiente, y, como no era posible dejar esos huecos sin llenar, hube de escribir, siguiendo exactamente la misma forma adoptada por el autor anónimo, las de los Generales D. Nicolás Bravo, D. Anastasio Bustamante, D. Guadalupe Victoria, D. José Joaquín de Herrera, D. Manuel Rincón, D. Pedro Celestino Negrete, D. Melchor Múzquiz, D. Ignacio Ormaechea y D. Ciriaco Vázquez y consig-

né algunos datos respecto de D. Juan Davis Brandburg, D. Nicolás Cambelle, D. Ramón Hernández y D. Manuel Armijo; pero no pude haber dato alguno y tampoco hallé las hojas respectivas, acerca de D. Cristóbal Tamariz, D. Joaquín García Terán, D. Mariano Martínez de Lejarza, D. Pedro José Espinosa, D. Nieves Huerta, D. Santiago González y D. Vicente Gómez.

Independiente de las biografías hechas por mí en su totalidad he adicionado con datos más o menos interesantes, la mayor parte de las otras y respecto del General Arista he agregado casi a la letra su hoja de servicios por ser demasiado interesante y tratarse del protector más decidido que ha llegado a tener la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Acerca del General D. Guadalupe Victoria, sí presento algo que si ya no es una novedad porque hace algún tiempo que la aclaración fué hecha, sí es de interés que sea conocido con una mayor amplitud; casi todos los historiadores han asegurado que su verdadero nombre era Manuel Félix Fernández y resulta que a este respecto se había venido incurriendo en un error, porque su nombre real fué Miguel Fernández y Félix.

La ciudad de Durango quiso erigir un monumento para honrar la memoria de Victoria, que fué uno de sus hijos predilectos y entre las manifestaciones de admiración que se hicieron para celebrar aquel acontecimiento se creyó que era por extremo conveniente publicar una amplia biografía de aquel cuya estatua iba a levantarse.

Se escribió aquella biografía, y ya en ella pudo hacerse constar cómo infundadamente se había asignado a D. Miguel Fernández y Félix como verdadero, un nombre que no era el suyo, cosa que también había hecho D. Fernando Ramírez,¹ y el Sr. D. Silvestre Dorador, en la actualidad Director de la Imprenta de la Secretaría de Fomento, no solamente tuvo oca-

¹ Noticias Históricas y Estadísticas de Durango.

sión de imprimir aquella biografía por desgracia poco conocida en México, sino que vió en Durango autógrafos de D. Guadalupe Victoria, que llevan el nombre verdadero de aquel distinguidísimo insurgente.

Deploro no haber dispuesto de tiempo bastante para completar debidamente todas las biografías, al menos las de los jefes que más se distinguieron en nuestra historia política y militar; y lo deploro, porque muchas quedan incompletas.

Mi primera impresión fué que hacer tal número de adiciones en este trabajo modificaba esencialmente el manuscrito original que iba a publicar; pero he creído después que, encerrando en grandes paréntesis todas las adiciones hechas por mí, bien podían ser consignadas.

Es indispensable, sin embargo, hacer algunas consideraciones que se vienen a la mente al solo evocar los nombres de muchos jefes de nuestro Ejército en la primera mitad del siglo XIX, que es la que abarca este volumen.

La serie de biografías, o por mejor decir, las hojas de servicios que, ora extractadas, ora en su totalidad, se publican hoy, pueden servir perfectamente para formar concepto, aun cuando no sea exacto y definitivo, de lo que fué aquella época turbulenta. Y digo que el concepto que pueda formarse no será exacto y definitivo, porque algunas veces, tengo para mí, que las hojas de servicios de nuestros militares contienen verdaderas autobiografías, y en esta virtud el apasionamiento personal respecto de determinados asuntos debe dar como resultado la exposición de hechos en forma, quizás, apasionada también; en otras ocasiones las hojas de servicios tal vez han sido hechas por empleados que tenían alguna liga de amistad, de respeto o de simple admiración con el jefe cuyos hechos iban a narrar, y esa nueva circunstancia pudiera dar lugar, no a presentar hechos falsos, pero sí torcidamente interpretados; porque, en suma, el empleado que formula una hoja de servicios no es otra cosa que un biógrafo, y es bien sabido cómo a veces

las simpatías y las antipatías suelen ser ocasionadas a desfigurar los hechos, aunque involuntariamente en muchos casos. Y que esto es una verdad, podemos verlo con tres de los generales que encabezan esta serie de biografías: Bravo, Negrete y Victoria.

Respecto a Bravo, D. Lorenzo Zavala, que indiscutiblemente fué uno de los hombres de mayor capacidad intelectual en los primeros años del siglo XIX, no se muestra demasiado piadoso con aquel héroe insurgente y se expresa de él en esta forma:

“D. Nicolás Bravo, compañero y antiguo amigo de Guerrero, ha sido el héroe de un partido y por desgracia de la nación, su instrumento. Bravo recibió, lo que se puede llamar, educación primaria. No tiene conocimientos de ninguna materia, y su trato familiar es árido. Si hemos de juzgar por las apariencias, este general es de muy cortos alcances y de poca capacidad. Los españoles lo colocaron a la cabeza de sus logias, y en su nombre se hacían todas las maniobras del partido. Pudieron lisonjear sus afecciones y su mayor elogio era el de haber dado libertad a doscientos españoles que tenía prisioneros cuando hacía la guerra de independencia, el día mismo que supo que su padre había sido ejecutado en México. Virtud digna de un Santo Padre de la Iglesia, si se quiere; pero falta notable en un general que podía haber sacado mayores ventajas de los enemigos, canjeándolos con otros o armandolos entre sus filas. Algunos contestan este hecho, pero Bravo no lo ha desmentido. Sus enemigos lo acusan de cruel y sanguinario por algunos actos de severidad que se han cometido en su nombre; yo creo que obrando por sí este hombre, se inclinaría generalmente al bien; mas todas sus acciones son efectos de influencias que él mismo no acierta a conocer.”¹

¹ Zavala. Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830 Vol. I, p. 113.

A su vez, el General Tornel, que ha sido uno de los militares más cultos que ha tenido nuestro Ejército, en su "Breve Reseña Histórica", escribe respecto a Bravo:

"El General Bravo, señalado por su heroica constancia y por sus nobles hechos en la guerra de Independencia no disfrutaba de la popularidad que merecía, por todos sus antecedentes a causa de estar adherido a un partido del que formaban parte considerable los españoles europeos que continuaron residiendo en la República. Ahora que las pasiones han entrado en calma porque los riesgos han pasado, pueden señalarse motivos generosos a una conducta que pareció sospechosa, si se atiende a que los españoles no hacían mal en buscarse un apoyo entre las facciones que dividían al país desde su infancia política y a que el General Bravo, sinceramente adicto a los principios de orden y de justicia, pudo encontrar razones en su conciencia, para defender en su desgracia o en su apocamiento a enemigos que supo vencer con la espada. Lo que sí fué una falta en un ciudadano tan eminente como el General Bravo, es que se hubiese colocado al frente de una sociedad masónica, que transformada en una sociedad política, aspiró constantemente a apoderarse de la dirección de los negocios y enervó la acción del gobierno. Esta misma sociedad arrastró a su caudillo a una revolución armada, lo que no fué muy propio de la circunspección y dignidad del segundo jefe de la nación: (Tornel hace referencia a la época en que el General Bravo era Vice-presidente) y para sus enemigos, mancha perdurable de una limpia y gloriosa vida."¹

De D. Pedro Celestino Negrete se dice que fué cruel entre los crueles contra los insurgentes, antes de que él mismo hubiera abrazado la causa de la independencia. Según tales bió-

¹ Tornel. Breve Reseña Histórica. p. 25.

grafos era éste un jefe por extremo sanguinario y, aun cuando en descargo suyo se agrega que era noble y bueno con los españoles, esto no le quita el fondo trágico de su carácter. Para unos, Negrete fué un hombre leal a Iturbide, y según otros, no lo fué. El mismo Zavala a quien antes hemos citado, dice:

"D. Pedro Celestino Negrete, es un General español, que hizo la guerra cruelmente a los insurgentes, se unió a Iturbide en 1821, y sirvió bien a esta causa. Es hombre de un talento mediano, obstinado como sus paisanos y adicto a las ideas de monarquía moderada. Me parece afecto a la nación mexicana, donde tiene una familia distinguida, y la poca parte que tomó en los sucesos posteriores a la constitución de 1824, hace creer que prefería el retiro y la tranquilidad doméstica, a una influencia peligrosa."

Y por su parte Tornel asienta:

"Sin dispensarle favor, puede asegurarse que la mitad de nuestras provincias del interior le fueron deudoras de su independencia. Consumada élla, vino a la capital, y fué acogido por el generalísimo con señaladas muestras de estimación y afecto. Negrete era partidario de la monarquía constitucional, bajo el plan de Iguala y tratados de Córdoba, que adoptó con entusiasmo. En su trato confidencial con el Sr. Iturbide, que era muy íntimo, le representó varias veces que no le era conveniente aspirar a la corona, porque ella le costaría muy caro y porque la envidia no le dejaría descansar en el trono y al fin le perdería. Mas cuando las tropas y el pueblo de la ciudad de México le proclamaron, creyó resuelto el problema de hecho, y fué el primero entre los generales que representaron al Congreso, pidiéndole que sancionara el acto. Después, al tenerse noticia del movimiento republicano, comenzado por el General Santa-Anna en Veracruz, disuadió al Emperador del pensa-

miento de abandonar el cetro, agregándole que cuando se sube al trono, aunque sea por usurpación, no se baja de él, si no es con la cabeza delante de los pies.”

Pues bien, a propósito de la declaración que Tornel hace de que Negrete, que fué comisionado por Iturbide para hablar a los pronunciados de Casa Mata e informarse cuáles eran sus pretensiones, “se adhirió al plan de Casa Mata luego que entendió que el Sr. Iturbide abandonaba enteramente su causa y dejaba comprometidos hasta cierto punto a sus sostenedores,” Castillo Negrete contesta que: “no es esto exacto y no hay que inculpar al Emperador, por salvar al General Negrete. Este jefe—agrega—se pasó al enemigo, porque así convino a sus intereses, considerando muy difícil defender la causa imperial, y tan esto es así, que en la correspondencia que dirigía a Iturbide desde Puebla, en una de sus cartas le dice lo siguiente:

“Que habiendo hecho cuanto podía para transigir las cuestiones pendientes y cumpliendo con los encargos que se le confiaron, ya quedaba libre de volver o no a México, y que siendo sus opiniones conformes a las de los libertadores, desde luego había resuelto permanecer con ellos. Lo dicho por este general es suficiente para que el lector convenga que no es éste el modo de desempeñar una comisión y máxime de tan alta importancia, como fué la que le confió el Emperador.”¹

Justo es decir que hay una opinión, respetable sin duda, la del Dr. Mora, que mucho favorece a Negrete de quien dice:

“El General D. Pedro Celestino Negrete era el hombre de guerra de la Nueva Galicia, por su pericia militar, por su tesón en todas las empresas que se ponían a su cargo, por su inflexible rigor en mantener la disciplina y sobre todo por su

¹ Castillo Negrete. México en el Siglo XIX. Vol. XVII. p. 15.

conocida pureza en orden a los medios reprobados de hacer fortuna, tan comunes en aquella época entre los comandantes españoles. Negrete, amante de la libertad por inclinación y principios, se irritaba de no encontrar sino desórdenes en las masas que no la proclamaban sino por sentimiento, y que en razón de su ninguna educación tampoco podían acertar con los medios de lograrla. Esto produjo en él una indisposición habitual, para con los insurgentes, que en el momento del triunfo, lo hacía no pocas veces proceder a ejecuciones sangrientas. Ellas le suscitaron desde entonces poderosos enemigos que a pesar de sus inmensos servicios a la independencia nacional y a la libertad de la patria prestados más adelante, le han hecho sufrir mortificaciones muy graves. Por lo demás la constancia y lealtad en sus amistades, su genio caballeresco, su intachable probidad, y adhesión conscienciosa, por la cual en medio de persecuciones injustas ha permanecido invariablemente adicto a la nación a que consagró su espada, harán que su nombre pase con gloria y honor a la posteridad.

“Este conjunto de cualidades, que empezaron a ser conocidas luego que Negrete apareció en la escena pública, lo hicieron reconocer por hombre notable, y si bien es cierto que le atrajeron enemigos, no lo es menos que le hicieron amigos poderosos, con los cuales pudo sostener la campaña con ventajas para el gobierno a quien servía y que le debió en su mayor parte la pacificación de la Nueva Galicia.”¹

En cuanto a Victoria, son igualmente encontradas las opiniones de sus biógrafos, según las simpatías y las tendencias políticas de quienes escribieron acerca de su vida. Zavala escribe:

“D. Guadalupe Victoria es hombre del pueblo, porque su nacimiento, sus trabajos y su fortuna han salido del pueblo.

¹ Mora. México y sus Revoluciones. Vol. IV. p. 437-38.

Siendo estudiante en San Ildefonso de México, dejó el colegio en 1811, para alistarse entre los patriotas, en cuyas filas si bien constantemente, no con el éxito que sólo corresponde a los grandes conocimientos, a la actividad y al continuo trabajo. Tuvo serios disturbios con D. Juan Nepomuceno Rosains y con D. Manuel Mier y Terán, nacidos de disputas sobre el mando. Sus fatigas todas fueron en la provincia de Veracruz y parte de Puebla, varias veces ocupó el Puente del Rey (hoy Puente Nacional) e impidió el paso de las tropas españolas al interior y de los convoyes de plata al Puerto. Pero nunca dió una grande acción, ni sus empresas salieron de la órbita común. Sirvió como podía alcanzar a la causa de la independencia y se manifestó contra los proyectos de Iturbide, como hemos visto. Los principales defectos de Victoria son, la irresolución e indolencia, y mucha presunción de poseer grandes conocimientos que no posee. ¿Y en dónde pudo haberlos adquirido? Por lo demás, es humano, amante de la libertad y sinceramente deseoso de hacer el bien de su patria."

Tornel, refiriéndose a Victoria, hace su elogio en la siguiente forma:

"El Sr. Victoria era un hombre del tipo de los más célebres republicanos de Plutarco. La ambición, que hace fracasar a los hombres más grandes y que es la manía de los pequeños, jamás tuvo en él cabida, porque los hechos todos de su larga y meritoria carrera, se encarnizaron invariablemente al servicio de la causa pública. Se adhería tenazmente a sus opiniones mientras eran libres, mas las ponía a un lado o prescindía enteramente de ellas cuando su deber lo exigía, sin que le pareciera sacrificio, porque nada le era más grato que resignarse a cumplir sus obligaciones. No era él federalista, y sin embargo trabajó constantemente para que el sistema de gobierno escogido por la nación se estableciera en toda la perfección po-

sible, y ni por un solo acto de su gobierno desmintió la buena fe con que se conformaba con la voluntad pública. Convencido de que la diferencia de opiniones no presta mérito para excluir de los cargos de confianza a los que no profesan las peculiares del que gobierna, a ninguno excluyó de los empleos más pingües u honoríficos y este sistema de amalgamación que condenaban y ridiculizaban los que no comprendían, o no querían comprender las elevadas miras y los benévolos sentimientos del General Victoria, sirvió para retardar el choque violento de los partidos, y cuando sobreponiéndose a la acción de las leyes, lo arrollaron todo, suavizó en gran manera los males de las revueltas civiles. Llamándolo indeciso los que aspiraban a convertirlo en instrumento pasivo de sus maquinaciones, acusáballo de apático los que no lograban hacerlo partícipe de sus odios políticos o de sus resentimientos personales. La calma con que se ocupaba de los negocios era la calma de la filosofía, y no esa indiferencia estoica que tanto se aproxima al fatalismo. Su desprendimiento y el abandono de sus intereses, se acercaban al extremo de la exageración, y puede decirse con toda verdad, que de nada se ocupaba que no llevara por objeto el bien de su Patria. Ella era el ídolo de su corazón, y en su idea que procuraba comunicar a todos, pudiera comparársele con las naciones más importantes del globo. El General Victoria con sólo estar presente en el gobierno inspiraba respeto, porque las virtudes se lo concilian siempre, aun en un mundo corrompido. Destrozado su pecho por las disensiones que tuvieron lugar en la época de su administración, no dieron cabida en él a esos crueles sentimientos de venganza, que irritan y agravan una situación sobrado mala por sí misma. Aun algunos que no se atreven a negar absolutamente las apreciables cualidades del General Victoria, las tachan de ser todas negativas, en lo cual no hay ni verdad ni exactitud, ni menos puede argüirse defecto porque este es el de la mayor parte de los hombres, y porque no es pequeña fortuna de

una nación el que la gobierne un ciudadano sin vicios positivos.”¹

En cambio, D. Lucas Alamán no parece haber sentido gran entusiasmo por D. Miguel Fernández y Félix, pues al hablar, por ejemplo, de sus deseos de modificar su verdadero nombre por el que adoptó después, dice:

“Fernández fantástico y extravagante creyó tiempo después que conduciría mucho a inspirar prestigio y confianza a la gente que lo seguía, el adoptar un nombre alusivo a la revolución y el resultado que en ella esperaba, y tomó el que hemos dicho, lo que comunicó a Terán como un gran golpe de política, y Terán, hombre dotado de un talento muy sólido y que se burlaba de bagatelas, le contestó fingiendo aprobar la idea y que la admitía para sí mismo, suponiéndose llamarse en adelante Américo Triunfo.”²

* * *

Creo inútil extenderme a nuevas consideraciones y presentar nuevos ejemplos acerca de esta diferencia completa y absoluta de criterio con que han sido juzgados los hombres políticos; mas, para quien quiera analizar serenamente los hechos no está ni puede estar por demás el enumerarlos a fin de que cada uno forme juicio según sus propias afecciones y sus propias simpatías.

Pero sí hay un hecho que es indiscutible y que aparecería comprobado de la publicación de estas biografías si no lo estuviera desde antes, por nuestra historia; la participación que los jefes del Ejército mexicano tomaron, no en uno, sino casi

¹ Tornel. Op. cit.

² Alamán. Historia de México. Vol. III. p. 328.



Agustín de Iturbide